

I

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, hacia las cuatro de la tarde, Juan Valjean estaba sentado solo en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia, ó por ese deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco á poco en todas las exigencias, ahora salía poco con Cosette.

Tenía su traje de obrero y un pantalón gris; la ancha visera de su gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto de Cosette, porque se había disipado lo que le había asustado algún tiempo; pero hacía una semana ó dos le perseguía una ansiedad de otra naturaleza. Un día, paseándose por el boulevard, había visto á Thenardier, y gracias á su disfraz, éste no le había conocido; pero desde entonces Juan Valjean le había vuelto á ver varias veces, y había adquirido la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para determinarle á tomar una gran resolución.

Estando allí Thenardier, estaban todos los peligros á un tiempo. Además, París no se hallaba tranquilo: las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente, para todo el que tuviera que ocultar algo en

su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un hombre como Pepin ó Morey, podía muy bien encontrarse con un hombre como Juan Valjean. Se había, pues, decidido á abandonar á París, y aún á Francia, é ir á Inglaterra, y había prevenido á Cosette, porque quería partir antes de ocho días.

Se había sentado, pues, en la cuestecita del Campo de Marte, dando vuelta en su cerebro á toda clase de pensamientos; Thenardier, la policía, el viaje y la dificultad de hacerse con un pasaporte.

Todas estas cosas le inquietaban igualmente.

Además, un hecho inexplicable que acababa de sorprenderle y que le tenía aún impresionado, aumentaba su inquietud. Aquel día por la mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes que Cosette hubiese abierto su ventana, había descubierto este letrero grabado en la pared, probablemente con un clavo:

*Calle de la Verrerie.—16.*

La escritura era muy reciente, porque las letras estaban aún blancas en la antigua argamasa ennegrecida, y porque una mata de ortigas que había al pie de la pared estaba cubierta de polvo de yeso. Aquello había sido escrito probablemente por la noche. Pero, ¿qué era? ¿Unas señas? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido. Entonces recordó los incomprensibles incidentes que había alarmado ya á la casa, meditó sobre aquel letrero y se guardó muy bien de hablar de él á Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos, se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguno que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita

por detrás de él. Iba á volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro dobleces, como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza. Cogió el papel, le desdobló y leyó esta palabra, escrita en gruesos caracteres con lápiz: MUDAOS.

Juan Valjean se levantó vivamente, pero no había nadie en la cuesta. Miró por todas partes y descubrió un ser más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalón de pana de color de polvo, que saltaba el parapeto y desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean se volvió en seguida á su casa pensativo.